



Revue

HISTOIRE(S) de l'Amérique latine

Volume 1 – 2005

Dossier : Types et emblèmes de l'identité dans les discours
sur la nation en Amérique latine – XIXe et XXe siècles

*Un tipo para la ecuatorianidad :
El montuvio ecuatoriano de José de la Cuadra (1937)*

Emmanuelle Sinardet

www.hisal.org | 1-10-2005

URI: <http://www.hisal.org/viewarticle.php?id=22>

Un tipo para la ecuatorianidad : *El montuvio ecuatoriano* de José de la Cuadra (1937)

Emmanuelle Sinardet

El ensayo de José de la Cuadra *El montuvio ecuatoriano (ensayo de presentación)*¹ está considerado hasta hoy como la obra de referencia acerca del montuvio, el humilde campesino mestizo del hinterland guayaquileño. Hasta tal punto que fuera de los trabajos de José de la Cuadra que fijan su retrato, toda definición del montuvio resulta difícil. La aparición del término no se logra situar y sólo se emiten hipótesis. Así, para Humberto R. Robles, “montuvio” resultaría de la asociación de “monte” con “río” en su acepción latina de *fluvius*², recordando el crítico que el *habitat* del montuvio “es regad[o] por los grandes ríos y sus numerosos tributarios” de la costa ecuatoriana. Incluso varía la ortografía del término, revelando otros orígenes posibles. Si la Academia recomienda “montubio” asociando a “monte” el culto sufijo griego *bios*, José de la Cuadra y los intelectuales de la “generación del treinta” prefieren “montuvio”, o sea, la asociación castellana y más popular con “vida”. Estas variaciones delatan los orígenes oscuros del mismo montuvio como figura *sui generis*. Ni siquiera los logra aclarar el ensayo de José de la Cuadra.

Es que, como lo subraya Humberto R. Robles, “dicha figura” carece de autenticidad antes del Siglo XX, hasta no tener “apelativo propio y definidor”. Sólo parece emerger como figura original a partir de la literatura, las obras críticas y los trabajos sociológicos de la “generación del treinta”, sobre todo los de José de la Cuadra, a quien presenta la crítica como el portavoz del montuvio³. ¿Porqué surge el

* Université de Paris III – Sorbonne Nouvelle, Paris – France, sinardet@latinmail.com

¹ Este estudio se basa en *El montuvio ecuatoriano (Ensayo de presentación). Edición crítica de Humberto E. Robles*, Quito, Libresa – Universidad Andina Simón Bolívar, 1996 ; la cual reproduce la edición original, *El montuvio ecuatoriano (Ensayo de presentación)*, Buenos Aires, Imán, 1937.

² *Ibid.*, p. V.

³ *Ibid.*, p. 27.

⁴ Humberto E. ROBLES en su introducción a *El montuvio ecuatoriano...*, *op. cit.*, p. V.

⁵ Benjamín CARRION, “La novela montuvia : José de la Cuadra”, in : José DE LA CUADRA, *Los monos enloquecidos (con un estudio preliminar por Benjamín Carrión)*, Quito, Casa de la Cultura

montuvio como tipo original ecuatoriano precisamente en los años treinta? ¿Cómo se puede explicar la voluntad de un José de la Cuadra de hacer de él el hijo de la “vida” del “monte” como lo indica su ortografía, nacido del suelo nacional?

Este estudio intentará primero entender la crisis total, económica, política y hasta cultural e identitaria, que golpea al Ecuador en la década del treinta, poniendo en tela de juicio la existencia misma de la nación y planteando la necesaria búsqueda de una identidad que funcione como referente para todos los ecuatorianos. Procuraremos luego observar cómo José de la Cuadra va construyendo un tipo posible de la ecuatorianidad en su ensayo. Enfocaremos no sólo los recursos empleados para ello, sino en qué medida éstos tienden a crear una ficción étnica en la que el montuvio se define como figura genuina, primero por pertenecer a una raza original, segundo por haberse dotado de una cultura singular, nacidas ambas del medio patrio según el autor.

1. – De la crisis a la cuestión de la ecuatorianidad

La década del treinta en el Ecuador se caracteriza por una crisis inédita, que afecta tanto lo económico y lo político como lo social y lo cultural. Esta es también devastadora por su duración excepcional: se inicia en los años veinte con la ruina de la monoproducción cacaotera, principal riqueza nacional desde la segunda mitad del siglo XIX, para prolongarse muy entrada la década del cuarenta, hasta el fin de la segunda guerra mundial y un nuevo ciclo de prosperidad agroexportadora, el del banano.

La crisis mundial del 29 afecta así duramente a un país ya debilitado, además de dependiente del mercado internacional por no poseer verdadera actividad industrial de sustitución a las exportaciones. La inflación lamina a la clase media en ciernes y empobrece más aún a sectores populares ya miserables. Aparece de nuevo el fenómeno del bandolerismo, a la par que se desarrollan movimientos de protesta que van organizándose en sindicatos, ya con el amparo del Partido Socialista, fundado en 1926, ya con la tutela de grupos de derecha, a veces con matices fascistas.

Ecuatoriana, 1951, p. X.

La inestabilidad social del país tiene una inmediata repercusión en la vida política, caótica en la década del treinta, con diez y siete gobiernos sucesivos, de los cuales cinco sólo en el año 1932, y una guerra civil en agosto del 32, la sangrienta guerra de los Cuatro Días en Quito. La depresión económica exagera las contradicciones sociales, agravando los síntomas de una crisis política que ya venía perfilándose, aunque con menos violencia, desde la década del veinte. Ni los sectores populares, ni las clases medias, ni la burguesía agroexportadora, ni los terratenientes de la Sierra, pueden llegar solos al poder y pretender conservarlo. En el mejor de los casos, pactan una alianza, pero ésta no dura por los intereses antagónicos de cada grupo. Los militares aparecen como el único grupo capaz de arbitrar los conflictos en este clima de agitación social y de reivindicación popular⁶.

A la desilusión general, al debate imposible, se añade una crisis de valores que pone en tela de juicio el destino del Ecuador como nación. La desconfianza, los antagonismos, los regionalismos, las envidias, el rencor o el odio nacidos de la guerra civil y de las olas de represión, cuestionan la existencia de una comunidad nacional unida. Con la cuestión de la cohesión nacional, surge la cuestión de la ecuatorianidad como identificación a la Patria y adhesión a un mismo grupo cultural. Desde luego, esta cuestión se formula con angustia, la crisis convirtiéndose en identitaria.

Trazar una vía para la cohesión nacional, valorar una identidad común que reúna a todos los ecuatorianos, tales son los objetivos de los intelectuales de la “generación del treinta”, quienes definen la nación no sólo como una asociación de intereses, sino como una comunidad cultural con personalidad y destino propios. En efecto, el Ecuador les aparece como un conjunto heterogéneo de componentes raciales, étnicos, sociales y culturales, dominado por una oligarquía heredera del espíritu elitista criollo, demostrando que la nación queda aún por construir un siglo después de la Independencia y que la fundación del Estado sólo representó una primera etapa del proceso.

⁶ Augustín CUEVA, “El Ecuador de 1925 a 1960”, *Nueva Historia del Ecuador, Epoca Republicana IV*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1990, pp. 96-97.

La crítica define como miembros de “la generación del treinta” a jóvenes escritores y pintores, muchas veces afiliados políticamente al Partido Socialista, que obran por la renovación del arte, rechazando los esquemas tradicionales europeos y optando por mirar la realidad nacional, valorar su riqueza y rescatar una cultura popular (según ellos) original, hasta entonces menospreciada, que se convierte en el material de todas sus obras. Entre los escritores se destacan Adalberto Ortiz, Pedro Jorge Vera, Jorge Icaza y Angel Felicísimo Rojas, además de los autores del Grupo de Guayaquil, Joaquín Gallegos Lara, Demetrio Aguilera Malta, Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diezcanseco y José de la Cuadra⁷. A pesar de sus diferencias, y con excepción de Pablo Palacio y Humberto Salvador, tienden a identificarse con los intereses de los sectores populares tanto rurales como urbanos, eligiendo como personajes centrales de sus obras a figuras humildes, las cuales por primera vez adquieren verdadero protagonismo en la literatura ecuatoriana: el cholo, el indio, el negro, el montuvio. Más allá de la denuncia de la dominación terrible de la que éstos son víctimas en la realidad extra literaria, los autores de la “generación del treinta” procuran restituir su universo cultural y mental, mejor dicho, lo que piensan ser su universo cultural y mental, y se dedican a recolectar y transcribir creencias, mitos o leyendas de la tradición oral. En esta perspectiva realista, distorsionan también el castellano académico con los hablas locales, no sin inventar a veces idiomatismos y expresiones *couleur locale*. Con todo, logran fundar representaciones posibles de la cultura nacional, haciendo de su personaje privilegiado LA figura representativa del grupo al que pertenece, transformándolo en tipo e incluso en símbolo⁸.

Entre estos jóvenes intelectuales se distingue José de la Cuadra (1903-1941): éste no sitúa solamente en la creación literaria la exploración de la realidad popular y la búsqueda de una identidad nacional genuina. Lejos de limitarse al “montuvio-personaje”, pretende retratar al “montuvio-hombre” de la realidad extra literaria⁹. En *El montuvio ecuatoriano (ensayo de presentación)*, publicado en 1937, intenta formular en un discurso científico de inspiración sociológica y etnológica, a pesar de

⁷ Miguel DONOSO PAREJA, *Nuevo realismo ecuatoriano. La novela después del 30*, Quito, El Conejo, 1984, pp. 9-12

⁸ Fernando BALSECA, “En busca de nuevas regiones: la nación y la narrativa ecuatoriana”, *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, Quito, Corporación Editora Nacional, N°8, II semestre 1995 - I semestre 1996, pp. 163-164.

⁹ Benjamín CARRION, *op. cit.*, p. VII.

muchas lagunas y debilidades metodológicas, una definición del montuvio como poblador *sui generis* de la Costa.

Uno de los intereses de *El montuvio ecuatoriano (ensayo de presentación)* reside en el intento de demostrar mediante el tratado científico la veracidad de la ficción, legitimando ésta y legitimando con ella la literatura comprometida y militante del Grupo de Guayaquil. Como la narrativa, *El montuvio ecuatoriano (ensayo de presentación)* procura construir una figura capaz de expresar y encarnar cierto espíritu de la ecuatorianidad, como intentaremos observarlo. Con todo, el interés principal del ensayo reside en la forma en que va construyendo el tipo: creando una ficción étnica montuvia.

2. - La ficción étnica : una raza montuvia

La figura del montuvio se describe observándolo en su medio y apuntando conductas y atributos que deben serle específicos, tanto geográficos y etnográficos como económicos, artísticos o religiosos. Enumerados, clasificados, estos atributos pretenden dar cuenta de la realidad cotidiana montuvia a la par que ilustrar su visión del mundo y su imaginario. Este proceso no sólo tiende a presentar a una población distinta de cualquier otra, sino a una etnia homogénea. Lejos de ser inocente, sitúa el ensayo entre los discursos nacionalistas que definen la ecuatorianidad como el alma nacional, original y única. Los trabajos de Balibar y Wallerstein subrayan que una comunidad nacional nunca es una realidad preestablecida, sino un producto histórico complejo y maleable, que necesita afirmarse precisamente como comunidad estable por medio de un discurso identitario¹⁰. En efecto, ningún Estado posee una base étnica homogénea¹¹. El nacionalismo de cierto modo produce una “etnicidad ficticia”, atribuyendo a la nación una base identificable y tipificada. Dos enfoques complementarios permiten tal producción: un fondo racial y una cultura común. A nuestro parecer, *El montuvio ecuatoriano* desarrolla estos dos enfoques.

¹⁰ Etienne BALIBAR, Immanuel WALLERSTEIN, *Race, nation, classe : les identités ambiguës*, Paris, La Découverte, 1997, pp. 106-107.

¹¹ *Ibid.*, pp. 70-71.

Tratándose del primero, resulta difícil a José de la Cuadra proponer una definición aceptable de “raza” montuvia. En efecto, el montuvio objetivamente no es sino un mestizo como los hay muchos en la América tropical, cuyos grados de mestizaje varían altamente, variando con ellos sus rasgos físicos. Mediante recursos meramente discursivos -y no científicos, aunque la crítica sitúe este ensayo en la corriente sociológica ecuatoriana de la primera mitad del siglo XX- el autor generaliza sistemáticamente la descripción, dando a ver EL montuvio como la figura representativa de un grupo homogéneo. Como evoca AL negro o AL indio, se refiere siempre AL montuvio, singular con un artículo definido uniformador, desde el título del tratado “El montuvio ecuatoriano”, hasta el de los capítulos: “Física del montuvio”, “La vida montuvia”, “El montuvio y la literatura”, “El montuvio y la política”, “La vida económica montuvia”. Asimismo, los párrafos se abren muy a menudo con “El montuvio”, creando a la larga un *leitmotiv* convincente.

Es más, el autor difiere de varios capítulos el retrato del montuvio. Sólo a partir del capítulo IV procede a su presentación; comienza primero con la descripción de los habitantes no montuvios, según él, de la Costa. Ahora bien, ¿quiénes son estos “pobladores no montuvios del agro litoral”? sólo grupos reconocidos y reconocibles por rasgos que el autor presenta como “raciales”, o sea, los negros y los indios¹². Implícitamente la Costa ecuatoriana va surgiendo como poblada por grupos “raciales” homogéneos y identificables (indios, negros), de modo que el lector está preparado a concebir a los “pobladores montuvios del agro litoral” a su vez como a un grupo racial perfectamente definido. De hecho, el lector acepta que el montuvio, presentado por el ensayo como el tercer componente humano de la Costa después del indio y del negro, también conforme una categoría racial en la que las diferencias sólo representen variaciones del mismo tipo.

En efecto en el capítulo IV, ya preparada la mente del lector, José de la Cuadra describe un tipo racial montuvio, de forma tajante, definitiva y arbitraria, apoyándose incluso en cifras aunque éstas no remitan a ningún estudio científico conocido. Es que a pesar de sus pretensiones sociológicas, el ensayo nunca se basa en posibles investigaciones sobre el tema. No recupera de la práctica sociológica ni la

¹² José DE LA CUADRA, *El montuvio ecuatoriano...*, *op. cit.*, p. 23.

metodología ni el rigor sino una retórica pseudo científica, con la cual legitima su discurso sobre el montuvio como “raza” mestiza homogénea. No le queda al lector sino confiar en las conclusiones de las observaciones de José de la Cuadra (observaciones que tampoco describe y de las que resulta imposible saber cuándo, dónde y cómo fueron llevadas a cabo): “El montuvio ciento por ciento se ha formado así : indio, 60% ; negro, 30% ; blanco, 10%¹³”. El mestizaje “pentasecular¹⁴” definido aquí se presenta como si el encuentro de las tres razas hubiera desembocado en una cuarta, definitiva, la del montuvio.

Intentando confirmarlo, el ensayo prosigue erigiendo en normas ciertas características físicas montuvias y describe rasgos que parecen hereditarios -según el autor¹⁵. Según un enfoque darvinista, la raza montuvia se habría adaptado a su medio hasta transmitir de generación en generación los caracteres físicos que facilitan su supervivencia en una naturaleza que el autor define como hostil: los “pies de nadador¹⁶” representarían una ventaja enorme en un medio dibujado por innumerables ríos. Asimismo “los largos brazos y las manos gruesas y fuertes¹⁷”, como los del simio, garantizarían una gran agilidad a la hora de recolectar las ricas frutas de los árboles que describe el ensayo.

Elegir la figura de un mestizo y presentarla como categoría “racial” definitiva no nos parece inocente en este contexto de búsqueda de una ecuatorianidad. Primero, el mestizo se presenta como una “raza” genuinamente americana. De por sí puede encarnar una identidad auténtica lejos de las pautas y de los modelos europeos. El tipo del montuvio inscribe así al Ecuador en esta americanidad auténtica. Segundo, el montuvio es “raza” genuinamente ecuatoriana según la demostración darvinista que prevalece en *El montuvio ecuatoriano (ensayo de presentación)*. El tipo del montuvio, hijo del suelo patrio, demuestra de esta forma la originalidad nacional, la existencia posible de una ecuatorianidad frente a la mexicanidad, la peruanidad, la argentinidad, etc., que respectivamente se van también redefiniendo en la primera mitad del siglo XX.

¹³ *Ibid.*, p. 27.

¹⁴ *Idem.*

¹⁵ *Ibid.*, pp. 27-28.

¹⁶ *Ibid.*, p. 28.

¹⁷ *Idem.*

Tercero, la identidad mestiza es la única en poder adecuarse al ideal de nación de la “generación del treinta”, joven, emancipada de los modelos tradicionales “blancos” y capaz de crear sus propios modelos culturales. En efecto, ¿quién mejor que el mestizo puede contribuir a la construcción del Ecuador moderno? El criollo pertenece a una raza importada y remite a un sistema de dominación que no ha dejado de explotar y envilecer a los demás grupos. Encarna más el pasado colonial que el ciudadano moderno del Estado-nación soberano del siglo XX. Por su lado, el indio aparece como el vestigio del pasado, el fósil de un universo arcaico que pronto desaparecerá, absorbido por la modernidad y mestizado. En cuanto al negro, representa la figura del salvaje por antonomasia, reactualizando José de la Cuadra la tradicional oposición civilización / barbarie para definir una jerarquía que hace del mestizaje la posible superación de los vicios de las otras razas. De hecho, como Vasconcelos, en *La raza cósmica* (1925) o *Indología* (1926), textos muy leídos en el Ecuador, José de la Cuadra define el montuvio mestizo como factor del progreso. En las “Palabras Finales” que cierran el ensayo, afirma: “A pesar de todo, se debe confiar en el montuvio. Es capaz de engendrar el futuro¹⁸”. Si las otras razas deben desaparecer fundiéndose dentro del mestizaje, sólo el mestizo puede encarnar el destino colectivo.

3. – La ficción étnica : una cultura montuvia

En la creación de la ficción étnica, una base racial homogénea representa un elemento indispensable pero no suficiente: los pueblos no existen sólo por su ascendencia, sino que deben sentirse unidos por una comunidad cultural. A su vez la presentación de los rasgos culturales montuvios contribuye a comprobar la existencia del montuvio como verdadero grupo étnico. De hecho, la demostración cultural resulta imprescindible para completar la demostración “racial”. En efecto, a pesar de los argumentos darvinistas que tienden a presentar al montuvio como genuinamente ecuatoriano, el tipo mestizo que se va creando se asemeja al de los demás mestizos del trópico americano. Dotar al montuvio de un universo cultural singular permite

¹⁸ *Ibid.*, p. 61.

erigirlo como figura original ecuatoriana; tal es el objetivo del capítulo V “La vida montuvia”.

Sin embargo, también desde el punto de vista cultural difícilmente puede afirmarse una verdadera especificidad montuvia. A José de la Cuadra no le queda sino enumerar rasgos culturales que, en realidad, remiten a la mayoría de las sociedades agrarias del trópico americano. Por eso los va presentando como... características genuinamente montuvias usando, de nuevo, de una retórica pseudo científica para dar legitimidad a su afirmaciones.

En la larga presentación de la vida social y cultural del montuvio, ¿cuáles son en definitiva los rasgos que podrían serle únicos? Ninguno. Por ejemplo, la organización familiar descrita se aplica a todas las familias iberoamericanas: es patriarcal pero la madre, alma del hogar, representa su pilar afectivo. Asimismo, la monogamia es lo común; el concubinato es frecuente; los vínculos hijos / padres son sólidos; a partir de los siete años, el niño trabaja plenamente en la economía familiar; sin ser perverso, el hombre montuvio es “eminente sexual¹⁹”; se producen casos de incesto; el marido traicionado reacciona por lo general con violencia buscando reparación, pero a veces perdona a la infiel esposa²⁰. El retrato montuvio se dibuja así por la acumulación de rasgos generales, cuando no evasivos, que evacuan toda discusión científica.

De nuevo la repetición del singular definidor “la familia montuvia”, “el padre montuvio”, la “madre montuvia”, simplificador y generalizador, constructor del tipo, resulta el principal instrumento de la demostración cultural. De nuevo se presentan como variaciones de un mismo tipo las excepciones que aparecen entre los mismos montuvios. Además de las debidas precauciones retóricas, “normalmente”, “casi”, el autor precisa: “Quede claro que estas conclusiones, como las demás de este ensayo, son deducidas de altos números y no excluyen la posibilidad de excepciones²¹”. ¿Qué números?, ¿en base a qué observaciones?, el autor nunca lo aclara.

¹⁹ *Idem*.

²⁰ *Ibid.*, pp. 32-33.

²¹ *Ibid.*, p. 32.

Resulta esquemática hasta la descripción de los valores religiosos y de las creencias. Se limita a evocar “tendencias míticas del montuvio²²” que le dotarían de ricas leyendas, las cuales representan, en efecto, parte del material del José de la Cuadra literato. Pero, en el ensayo, su descripción escueta y superficial no permite convencer que puedan representar la base significativa de un imaginario singular montuvio. El montuvio no pasa de la figura desprovista de interioridad, del mero tipo.

Esto no debe sorprendernos. Si José de la Cuadra procura dar al país una figura genuina que funcione como referente común y pruebe que un Ecuador auténtico existe, el montuvio no representa para él un ciudadano ideal. Demostrar que el Ecuador existe como comunidad singular, diferente de la de sus vecinos, sí es indispensable pero no suficiente para construir la nación: es que esta nación se proyecta como moderna, culta, industrializada, justa, digno miembro del concierto de las naciones civilizadas. Por eso la creación -artificial- del tipo se acompaña (paradójicamente a primera vista) de la demostración de la necesaria desaparición del montuvio a través de su “incorporación a la vida nacional” en los capítulos VII y VIII, “El montuvio y la política” y “La vida económica montuvia”. Como el indio que describen los intelectuales indigenistas, el montuvio debe desaparecer en nombre de la modernización del país y de la justicia social. José de la Cuadra lo describe como un rural arcaico y tan oprimido que constituye un freno al desarrollo: aislado por una dominación que lo deprime, vive apartado de las grandes transformaciones sociales y culturales del resto de la nación. Por el momento, representa un elemento pasivo e inútil para el país. Pío Jaramillo Alvarado, al que José de la Cuadra admira y apoya, no dice otra cosa del indio andino en la edición de 1936 de su famoso *El indio ecuatoriano*.

Es cierto que la oposición civilización / barbarie que guía la representación del montuvio mestizo lo sitúa por encima del indio o del negro. Asimismo el ensayo le otorga muchas cualidades, tanto físicas como morales: fuerza, energía, belleza de la mujer, lealtad, apego a la tierra, predisposiciones para la música y don de la poesía. Sin embargo le falta aún esta cultura que permitiría convertir al campesino ignorante,

²² *Ibid.*, p. 36.

abusado, supersticioso, en un verdadero actor de la vida económica y política, en un ciudadano garante de la cohesión nacional. Según un José de la Cuadra cuyo paternalismo raya a ratos con el desprecio, el montuvio sí representa una pepa de oro de la ecuatorianidad, pero debe ser purificada de sus asperezas, pulida por la civilización antes de incorporarse plenamente a la vida nacional. Como el indio, el montuvio debe desaparecer fundiéndose dentro de un mestizaje mucho más amplio que un mestizaje “racial”: dentro de un mestizaje “cultural”²³. En efecto, este proceso de “incorporación a la vida nacional” que presenta el ensayo no responde sino a esta ideología nacional del mestizaje “cultural” en el que prevalece el ideal de sociedad moderna y equitativa nacida de la revolución socialista que la “generación del treinta” preconiza como solución para la salida de la crisis, pero en el que la construcción de una nación Ecuador unida pasa por la homogeneización sistemática de las formas de vida (y procesos de aculturación para ciertos grupos indígenas) en beneficio del modelo cultural dominante urbano y blanco-mestizo.

Conclusión

La falta de demostración científica, la superficialidad de las descripciones, el esquematismo del tipo, no impiden que funcione hasta hoy la ficción étnica creada. José de la Cuadra funda una encarnación posible de la ecuatorianidad, suficientemente creíble y al mismo tiempo suficientemente general como para ser aceptada como tal por los ecuatorianos, incluso por los más destacados pensadores de la nacionalidad. Pío Jaramillo Alvarado enriquece así la reedición de 1954 de *El indio ecuatoriano* con largas citas del ensayo de José de la Cuadra, “*El montuvio ecuatoriano* [siendo] el guía de [su] referencia al hombre del Litoral²⁴”. En 1978, la colección “Realidad ecuatoriana, pasado y presente” de la Universidad Central lo reedita, presentando a José de la Cuadra como un “extraordinario conocedor de la

²³ Terminología empleada por Kim CLARK, « Población indígena, incorporación nacional y procesos globales : del liberalismo al neoliberalismo (Ecuador, 1895-1995) », *Globalización, ciudadanía y política social en América Latina : tensiones y contradicciones*, Venezuela, Editorial Nueva Sociedad, 1997, pp.149-172.

²⁴ Pío JARAMILLO ALVARADO, *El indio ecuatoriano. Contribución al estudio de la sociología indoamericana*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1997, tomo 2, p. 145.

vida campesina²⁵” y a su ensayo como un retrato fiel de la especificidad montuvia. En este sentido, *El montuvio ecuatoriano* ilustra perfectamente el propósito del Grupo de Guayaquil: “abrir el camino a la identificación de nuestra cultura – de nuestro proyecto de cultura, por mejor decir – con el mundo de todos los hombres [del país]²⁶”.

En esta perspectiva, nos parece que la creación de la ficción étnica montuvia representa también otro aporte en la construcción de la identidad nacional ecuatoriana, aunque José de la Cuadra no lo exprese explícitamente: el reconocimiento del elemento regional costeño como pleno actor cultural de la nación. En efecto, los referentes para la definición de una identidad ecuatoriana son tradicionalmente andinos, considerando a Quito o a Cuenca como los principales focos culturales desde el periodo colonial y erigiendo al indio en figura popular nacional por antonomasia. Si la Costa logra imponerse política y económicamente frente a la Sierra, no sin numerosas tensiones, a lo largo del Siglo XIX, ningún elemento popular costeño existe aún como referente cultural, entrado el Siglo XX, en el imaginario identitario nacional. A través de los diferentes trabajos del Grupo de Guayaquil y gracias a la labor de tipificación de José de la Cuadra, la Costa puede proponer un referente vector de ecuatorianidad y afirmarse “tan ecuatoriana” como la Sierra. *El montuvio ecuatoriano (ensayo de presentación)*, por ser precisamente un ensayo de carácter científico, contribuye a legitimar este nuevo referente. No es casualidad si el texto nunca evoca a un montuvio “del litoral ecuatoriano” o de la “Costa ecuatoriana” o “del agro litoral”: se trata -y sólo puede tratarse- del “montuvio ecuatoriano” como lo ilustra el título.

²⁵ Introducción a José DE LA CUADRA, *El montuvio ecuatoriano*, Quito, Instituto de Investigaciones Económicas, Serie “Realidad ecuatoriana, pasado y presente” N°1, 1978, p. 8.

²⁶ Alfredo PAREJA DIEZCANSECO, « El mayor de los cinco », in : José DE LA CUADRA, *Obras completas*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1958, p. XVIII. El subrayado es nuestro.